

habían realizado, por orden del Rey de Egipto, Nechao II, la circunnavegación completa del continente de Africa, desde el mar Rojo hasta el Mediterráneo? La relación de los navegantes afirma «que rodeando la Libia, habían tenido el sol a su derecha». frase que induce a Herodoto a dudar de la autenticidad del viaje, y sobre la cual se apoyan actualmente los geógrafos para admitir la realidad del acontecimiento. La naturaleza insular del Africa era bien conocida en aquella época: en castigo de un crimen Sataspes fué condenado por Xerxes a verificar el largo periplo, dobló el promontorio occidental, llamado Solois, pero, espantado ante la longitud del trayecto, volvió sobre sus pasos<sup>1</sup>.

Todos los mercados lejanos de fundación fenicia sólo podían continuar unidos a la madre patria por los lazos morales del parentesco y de la simpatía, por la comunidad de lengua y por las tradiciones y prácticas religiosas, destinadas, por otra parte, a modificarse pronto bajo la presión de medios diferentes. La distancia había de romper el lazo político; Tiro y Sidón no tenían tropas coloniales a su disposición, lo que se hallaba prohibido, por otra parte, por el buen sentido práctico de hábiles comerciantes, cuidadosos de su libertad de iniciativa. El poder político de las ciudades fenicias, no pudo ejercerse en cierta medida más que sobre las tierras del Mediterráneo oriental, pero siempre bajo una forma diferente de la de simple conquista, toda vez que el comercio de cambio necesitaba la producción de las riquezas y cierta concordia con los productores.

En la mayor parte de esas tierras orientales del Mediterráneo, se ha comprobado que los puertos y lugares más antiguos de fondeadero, es decir, las escalas visitadas por los Fenicios y los Jonios del Asia Menor, estaban ordinariamente situadas sobre las costas orientales, en tanto que las calas y playas de acceso utilizadas después por los Helenos se hallan sobre los litorales del Oeste: las mismas poblaciones insulares que miraban en otro tiempo hacia el sol levante, se volvieron en seguida hacia el poniente, a medida que la civilización cambiaba de lugar siguiendo la marcha aparente del Sol alrededor de la Tierra.

<sup>1</sup> Herodoto, IV. Melpómene, 42. 43.

Desde su estrecha banda de terreno los Fenicios abandonaban su país en gran número, llevándose sus pacotillas. La emigración anual no se llevaba solamente a los mercaderes aventureros y a los piratas, sino que a veces arrastraba también familias enteras y grupos de familias que se establecían a lo lejos en algún sitio favorable donde esperaban encontrar vida libre o buena acogida. Cuando los emigrantes habían logrado su propósito, no dejaba de extenderse la noticia en la madre patria, gracias a los traficantes que recorrían el Mediterráneo de costa en costa, y la colonia se fortificaba con numerosos emigrantes. De ese modo se constituían en las escalas de comercio verdaderas Fenicias, donde se hablaba la lengua de Sidón, donde se practicaban sus costumbres y donde se adoraban sus dioses. Chipre y la Cilicia, donde la civilización púnica ejercía tal ascendiente, habían acogido comunidades fenicias que llegaron sin duda a poseer cierta autonomía. Los Solimas o Semitas de la costa de Pamphilia, que se fundieron poco a poco con los Pisidios y otros habitantes de la comarca, eran ciertamente Fenicios que guardaban las tradiciones y el lenguaje de Ultramar. Más al Oeste, los Licios parecen haber sido hostiles a los navegantes: desde el promontorio Sagrado, que cerraba al Oeste el golfo de Adalia hasta la punta de Cnide, no hubo sobre el continente más que una sola factoría importante, Astira, enfrente de Rodas<sup>1</sup>—otra tierra fenicia. Por el contrario, los Carios del Asia Menor sud-occidental estaban muy estrechamente ligados a los Fenicios, con los cuales se les confundía a veces, y hasta frecuentemente constituyeron por sus incursiones una especie de imperio marítimo, de contornos variables, que comprendía las costas de las islas y de las penínsulas vecinas; el hoplita cario estaba a sueldo del mercader fenicio. Mucho tiempo antes que los Griegos, esos comerciantes habían afrontado los misterios del Ponto Euxino<sup>2</sup>; más aún, habían penetrado en el «corazón del Peloponeso» hasta Arcadia, donde habían ido a buscar maderas y ganado, mercenarios o esclavos<sup>3</sup>.

Los atrevidos marinos se unían también a los Filisteos pro-

<sup>1</sup> Maspero, *Histoire ancienne des Peuples de l'Orient*.

<sup>2</sup> Movers, *Die Phoenizier*, p. 297.

<sup>3</sup> Victor Bérard, *De l'Origine des Cultes arcadiens*.

piamente dichos, aunque surgiesen con frecuencia luchas entre ellos; los dos pueblos fueron llamados Cretenses, *Kreti Plasti*, según la isla que les servía de punto de cita para las expediciones guerreras y el reparto del botín<sup>1</sup>. La religión de los Libios, pueblo que el cuadro etnológico del Génesis<sup>2</sup> dice ser de raza semítica, se parece de tal modo al culto de los Fenicios, en los principios y en los detalles, que se les puede considerar como idénticos, excepto por lo que se refiere a los nombres propios usuales, y aun varias de estas denominaciones, especialmente la de Astarté, son sin duda alguna de importación oriental. Es verdad que se observan mezclas o huellas de la religión fenicia en todas las partes del Asia Menor, pero en ninguna parte fueron las semejanzas tan notables como en las ciudades del litoral marítimo del Oeste, sobre todo en Efeso, donde se hallaban en plena Fenicia. El transporte de los mitos y de las ceremonias se hizo, pues, no por aproximación por la vía de tierra, sino directamente por mar.

La misión de los Fenicios como grandes negociantes y portadores de mercancías, excede en mucho en proporción a la que correspondió después a todas las otras naciones comerciantes. Olvidan comúnmente que las leyes «del mar, las reglas del derecho internacional en vigor sobre el Mediterráneo, durante la Edad Media, son en gran parte heredadas de los Fenicios»<sup>3</sup>. Ese pueblo pequeño, sujeto a un estrecho litoral, poseía el monopolio de las grandes navegaciones en el Mediterráneo y suministraba a todos sus vecinos las materias preciosas importadas de los extremos del mundo, tanto por las vías de tierra, donde caminaban las caravanas, como por las vías marítimas, practicadas por los barcos. Poseían factorías a lo lejos en las tierras de sus poderosos vecinos, en el Delta, en Tanis, en Bubaste, en el mismo Menfis, en Siria y en Potamia, en Sais, en Hamath, en Thapsaque y en Nisibis, que se vanagloriaban de ser de fundación sidónica. Los Fenicios se acomodaban fácilmente a una sujeción severa, pero asumían el comercio de sus opresores<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Movers, obra citada, ps. 15 al 19.

<sup>2</sup> Cap. X, v. 22.

<sup>3</sup> Ernest Nys, *Recherches sur l'Histoire de l'Economie politique*, p. 57.

<sup>4</sup> G. Maspero, *Histoire ancienne des Peuples de l'Orient* p. 235.—Elias Reclus, *Notas manuscrilas*.

Los objetos de tráfico de que los Fenicios fueron portadores en la gran época de su prosperidad, tenían tanta mayor importancia relativa en los cambios mundiales de aquellos tiempos, cuanto los artículos de comercio eran menos numerosos y las costumbres religiosas y civiles se practicaban de una manera más solemne y más imperiosa: así el incienso de la Arabia, el ámbar del Báltico, el estaño de las islas oceánicas presentaban, a causa de lo lejano del lugar de producción y del misterio de su origen, un carácter casi divino. La edad del bronce en Europa sería, no la irrupción de una raza nueva que hubiera anonadado los salvajes primitivos de la edad de piedra, sino la era de la gran influencia de la civilización del Asia anterior, creada por los Babilonios; introducida por los Hititas a través de las tierras hasta el mar Egeo y a Micenas, y por los Fenicios a lo largo de las costas en toda la Europa occidental<sup>1</sup>. Es indudable que el estaño de los Casitéridas tuvo más valor en los cambios y en la civilización del mundo en aquella época de la explotación, cuando los Fenicios se habían convertido en sus compradores y distribuidores, que veinte siglos después, cuando Inglaterra tenía toda facilidad para aprovecharse de él.



VASO FENICIO  
HALLADO EN SIDÓN

El estaño, utilizado para la fabricación del bronce, es decir, para las bellas armas, las estatuas, los vasos, todo lo que el mundo antiguo tenía de más suntuoso y raro, alcanzaba entonces tal estima a los ojos de los traficantes, que el nombre del archipiélago productor—*Kassiteros* en griego, *Kasatirra* en asirio, *gazdir* en árabe, *hesdir* en el interior de Africa, *kastira* en la India—se había esparcido por toda la tierra de entre Pacífico y Atlántico, y que para la obtención del metal precioso se abrían vías de comunicación a través de toda la anchura de los continentes. Antes que los Fenicios fuesen a buscarle por mar, los Tracios lo recibían directamente por el centro de Europa<sup>2</sup>. Por el estaño, la península gangética se hizo tributaria de las is-

<sup>1</sup> Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*.—Von Ihering, *Les Indo-Européens avant l'Histoire*, p. 259.

<sup>2</sup> Salomón Reinach, *L'Anthropologie*, p. 4, 1899.

las de la costa bretona durante el período romano<sup>1</sup>. Sin embargo, en aquella época, el comercio había sufrido parcialmente un cambio de agentes, a causa de que los Cartagineses, sucesores de los Fenicios, descubrieron por entonces en España yacimientos de estaño bastante abundantes para atender a las necesidades de la industria mundial<sup>2</sup>.

Siendo los primeros entre los navegantes, los Fenicios, no tuvieron menor superioridad como industriales, y gozando de la mayor fama como fabricantes de tejidos, poseían el monopolio de la tintura para el color de la púrpura y fueron también los mejores y casi los únicos vidrieros; sus instrumentos de metal y su cerámica eran muy apreciados en todos los países que visitaban sus barcos; por todas partes se procuraban las materias primas, alimentos, maderas, fibras, metales, por medio de objetos manufacturados. Su absoluta superioridad comercial y el contraste de sus productos con los géneros bastos del extranjero, les permitía mantener el movimiento de los cambios en estado de trueque: no teniendo necesidad alguna de emplear un signo representativo de los valores, dejaron a otros—Lidios o Griegos—el honor de inventar la moneda<sup>3</sup>; pero quizá les corresponde una gloria mucho mayor, debida a sus viajes incessantes entre los pueblos de lenguas diversas de las cuales se ingeniaban para reproducir los sonidos: quizá se deba a ellos la simplificación de la escritura, la invención del alfabeto, en el que cada signo no tiene más valor que una sola articulación fonética.

Comparando los Fenicios a los Helenos en el conjunto de la civilización, se halla demostrado que los Fenicios poseyeron ciertamente el círculo de horizonte más extenso, gracias a su genio aventurero, a sus navegaciones casi ilimitadas: puede decirse con verdad que después de ellos, bajo la gerencia de los Griegos, el mundo se empequeñeció materialmente. Los Helenos le estudiaron con más amor y penetración que sus antecesores, pero se habían acantonado en un espacio más estrecho. La civilización que los Fenicios habían inaugurado, ya excedía los límites de

<sup>1</sup> Fr. Lenormant, *loc. cit.*

<sup>2</sup> W. Sieglin, *Entdeckungsgeschichte von England im Altertum.*

<sup>3</sup> Fr. Lenormant, *loc. cit.*

la vertiente mediterránea; dos mil años antes del cumplimiento del progreso de que fueron iniciadores, habían indicado para el porvenir el cambio de lugar hacia los bordes atlánticos del centro de la cultura y de la hegemonía del viejo mundo. Del mismo modo, por su circunnavegación del Africa, fueron los precursores de la era mundial. Así se comprende el odio que tuvo Grecia a esos rivales, que fueron también sus maestros en civilización. Cuando Fenicia, simple litoral sin extensión interior, fué forzosamente anexionada a los grandes imperios del centro y sus puertos fueron poseídos por los reyes persas, la lucha de sus flotas con las de Grecia que le disputaban el imperio del mar, tomó un carácter feroz. No teniendo ya independencia, Fenicia se empeñaba con mayor tenacidad en sus proyectos comerciales, y reducida a la servidumbre bajo un amo poderoso, quiso a lo menos utilizarle para el aniquilamiento de sus concurrentes del mar Egeo. Los marinos de Fenicia se unieron con un celo vindicativo a los otros aliados del «Gran Rey» para transportar sus ejércitos y librar sus batallas; pero los Griegos se vengaron doblemente: primero, cuando siguiendo a Alejandro, se apoderaron de Tiro para saquear sus depósitos, destruir sus flotas, arruinar sus talleres y arsenales y transportar a Alejandría, puerto de la nueva ciudad mundial, la mayor parte del comercio de Oriente a Occidente; después, de un modo más decisivo todavía y más duradero, cuando transmitieron la historia de los Fenicios con el sentimiento de odio que sentían por esos rivales. Apenas se conoce Fenicia sino desfigurada por los escritores Griegos, así como se ve Cartago por los únicos ojos de sus vencedores, los Romanos.